

—Es verdad—balbuceó Josselin, que saludó y se fué por donde había venido, tambaleándose como un hombre borracho.

XXI

CUAL PLUMA QUE LLEVA EL VIENTO...

GERMANA, al pasar por delante de Josselin, le había visto á través de los cristales del cupé. No dijo nada al duque, que, lleno de alegría por llevarse á su amada, oprimía una de sus manos entre las suyas; pero la joven sintió una gran irritación contra la vigilancia que pesaba sobre ella.

Las objeciones del señor Perrolet contra el matrimonio le parecieron muy fundadas. ¿Qué sería de su independencia si la ponía á merced de aquel sombrío celoso, que no la dejaría ni un minuto y se ofendería por la más pequeña familiaridad que se permitiera con antiguos ó nuevos amigos?

Sus buenas disposiciones hacia Josselin se desvanecieron, y esta vez sin esperanza de que volviese á sentir las. ¡Casarse con él! ¡Ah! ¡No! ¡Eso sería una cadena demasiado pesada! Si se había visto privada de los goces de la familia, en cambio había disfrutado de una cierta libertad debida á su aislamiento, y no quería perderla, sobre todo en los momentos en que podía apreciar sus ventajas.

Se sentía ofendida; tanto más, cuanto que su conciencia la dirigía reproches muy vivos. Se había colocado en una pendiente muy peligrosa.

Verdaderamente se exponía al peligro con una intrepidez que la hacía temblar cuando pensaba en ello.

Es verdad que el duque era un hombre galante, que nunca la hablaba sino con formas de una extremada cortesía; pero las frases que la murmuraba al oído, en aquel momento rebasaban esos límites.

Y en efecto, él debía creer que aceptando este paseo, verdadera fiesta para unos enamorados, ella accedería á sus deseos; de otra manera, su conducta hubiera sido de una ligereza incalificable.

Rochebonne en su carta había hablado del caso en que ella no quisiera aceptar sus relaciones ó seguirlas sin atenuar sus consecuencias; pero ¿no era esto una de esas preocupaciones delicadas, por las cuales un hombre de mundo atenúa la falta de la mujer que se rinde, conduciéndola dulcemente y sin violencia adonde él quiere llevarla?

Germana tenía demasiado entendimiento para no saber apreciar estas transiciones.

Y que las comprendía divinamente lo decía su indecisión, porque buscaba el modo de conciliar su deseo de conservar el aprecio del señor Perrolet y de sus compañeras, evitarle una pena á Josselin y no renunciar al encanto de sus relaciones con su Fernando, hacia el cual se sentía atraída por una corriente más fuerte que su voluntad.

Llegó á decirse que, después de todo, el misterio envolvería su debilidad en una sombra impe-

netrable; que al duque no le hacía traición, y que aquel amor secreto de ambos tan sólo tendría una dulzura más.

Todas estas reflexiones le acudían á un tiempo á la mente en el instante en que debía tomar una decisión, aun cuando procurase engañarse diciéndose que el peligro estaba todavía lejano; pero no sabía qué partido iba á tomar ni cómo sustraerse á las instancias y á los ruegos de su amante.

Con sus estúpidos celos, Josselin daba nueva fuerza á un rival ya de por sí tan peligroso.

Felizmente, ella no estaría sola con el duque.

¿Adónde irían? No lo sabía. Sin duda á los alrededores, á algún restaurant á la moda, donde pudieran hablar á su gusto.

Efectivamente, el cupé había tomado por los Campos Eliseos.

Subía por la avenida, todo derecho, como en la noche en que por primera vez Rochebonne la había llevado á la Cascada.

—¿Quiere usted dar una vuelta por el bosque antes de almorzar?—preguntó el duque.

Ella acababa de pensar que era inútil prever los acontecimientos. Ya los vería cuando fuese llegando. Por el momento, lo importante era gozar aquella mañana magnífica.

Le contestó con un aire malicioso y decidido:

—¿Y si nos encontramos, yo al señor Bouret y usted á la señora Rochebonne?

—Pequeña mía, la señora Rochebonne no piensa en nosotros—dijo el duque.—Ella va donde quiere. Está en Seine et Marne, en casa de la princesa de Storr, una amiga suya; tiene otras preocupaciones. En cuanto al señor Bouret, esté

usted segura que no la verá en todo el día. Me pertenece usted hasta esta noche. ¿Se arrepiente usted?

Ella no contestó; la voz de Rochebonne la llegaba al corazón. Aquella voz era bien timbrada, acariciadora; la envolvía como una música deliciosa.

Esa impresión no se la causaban los arrebatos feroces de pasión de Josselin; era como la canción arrulladora y tierna con que se hace dormir á los niños y les sume poco á poco en un sueño poblado de imágenes agradables.

Y todo, alrededor de ella, en el aire perfumado, en la hierba refrescada por la lluvia que el sol no había enjugado todavía, en la enramada del bosque donde entraron, todo reía, todo estaba verde y todo perfumado.

Los pocos paseantes que había vestían la ropa dominguera; algunos, elegantes, volvían ya de su paseo matinal, conversando alegremente.

—Han barrido y regado estos paseos para nosotros—dijo el duque;—sabían que íbamos á pasear juntos.

Y aproximándose á ella la pasó el brazo alrededor de su talle.

—¿No es ésta nuestra mañana de boda?—dijo él.

Ella movió la cabeza.

—No—suspiró.—Bien sabe usted que no. Eso, entre usted y yo, es imposible.

El volvió á empezar sus declaraciones, graduándolas con un arte infinito, respondiendo á sus escrúpulos, pintando la felicidad tan grande, tan íntima de unas relaciones ignoradas de todos; ella, con su apoyo, segura de su afección poderoso.

sa, sin tenerse que preocupar del porvenir; él, confiado en ella como en su mejor amiga, no ocultándola nada.

—Yo no quiero—dijo ella.—¿Qué pensarían de mí?

Él la tranquilizó; no la exigiría que abandonase su posición, puesto que tanto la agradaba. Quedaba en libertad. Se verían á menudo; él la escribiría todos los días. Si ella obtenía un permiso, la llevaría á hacer un viaje. ¿Es que se puede vivir sin amor? ¿Por qué había de rechazarle á él precisamente, que estaba tan dispuesto á obedecer á todos sus caprichos? ¿Por quién? Por uno de sus iguales, un empleado que no la guardaría las atenciones que ella se merecía; que tal vez fuera un tirano, exigente y grosero; que no sabría apreciar la inestimable joya que la casualidad le arrojaba entre sus manos.

Así le habló largo rato; unas veces tierno, más á menudo jovial, espiritual, burlándose de las casas burguesas, donde todo es pequeño, mezquino y limitado, los espíritus como los muebles, el carácter como las cosas. Ella había nacido princesa por el aire, por la imaginación, por la belleza; y una existencia así era la que le cuadraba.

El cupé había dado la vuelta á los lagos; á una seña del duque, el caballo salió al trote largo.

Enfiló el camino de Bagatelle, pasó por delante de Madrid y, atravesando la avenida de Courbevoie, se internó en un dédalo de caminos y calles, entrelazados como los senderos de un laberinto.

—¿Dónde estamos?—preguntó Germana.

—En el parque de Neuilly. ¿No conoce usted este hermoso sitio?

Las avenidas de plátanos y tilos estaban bordeadas de villas burguesas, plantadas en medio de jardines cuidados como salones, con dos ó tres macizos cada uno, donde las flores dibujaban arabescos.

De trecho en trecho se veían terrenos incultos rodeados de verjas ó de muros en mal estado. Estos terrenos los había invadido la vegetación espontánea.

Los sicomoros sembrados por el viento crecían en libertad entre las hierbas y las flores de campo.

Era una mezcla de riqueza y de pobreza abandonada.

Este antiguo parque real sufrió extrañas metamorfosis.

Floreciente antes de la guerra, había sido arrasado en un principio por el vandalismo de los voluntarios móviles; en seguida saqueado y destruído por los bandos de la Commune.

Los destrozos que causaron aquellos salvajes no están todavía más que muy imperfectamente reparados. Por todas partes subsisten tapias y ruinas de casas, que sus propietarios no han vuelto á reparar.

El cupé pasó el boulevard de la Saussaie y entró en la calle Barghèse, situada casi en el centro del parque.

Pronto franqueó una verja abierta, rodó por un largo paseo cubierto y se paró delante de una casa soberbia.

—Estamos en nuestra casa—dijo el duque.

Germana saltó del cupé á la meseta de la escalinata y miró con admiración el sitio adonde la habían conducido.

Era un verdadero parque formado en el antiguo dominio del rey Luis Felipe; un oasis fresco, perfumado, lleno de flores y de sombra.

Este jardín de hadas había sido trazado por un artista y lo cuidaban otros. Es imposible ver un rincón de tierra más seductor, con más sombra, más fresco, en la atmósfera sofocante de París.

Por ningún lado se divisaban las casas vecinas. Altos muros, cubiertos por masas de plantas trepadoras, formaban una valla de hojarasca verdeante en la verdura más tierna del césped y de los bosquecillos; ¡verde sobre verde!

La casa, de estilo Renacimiento, con los entrepisos de ladrillos rosa, encuadrados por piedra de talla sobre un zócalo de granito azul, era una maravilla de buen gusto.

Desde la escalinata se dominaba el parque con sus paseos, sus campos de césped y sus árboles exóticos.

—¿Qué es esto?—preguntó Germana.

—Tu casa, querido ángel, si te gusta—respondió el duque.—No tienes más que hacer una señal y te pertenece.

—¿Y la duquesa?—dijo ella.

Rochebonne se sonrió.

—La duquesa no la conoce, jamás ha entrado en ella ni sospecha su existencia. Es una locura de mi juventud, mi reino: tú puedes reinar en él, yo te le ofrezco.

—¿Por dos horas?

—Para siempre si quieres.

—Dígame si quiere usted, se lo ruego.

Aquel lujo la aturdía. Las gentes que pueden pagarse fantasías tan costosas, la parecían de otro mundo. Sentía como una especie de vértigo.

La vara mágica de un hada había cambiado su existencia. Se creía en otro planeta.

Aquel coche forrado de satin que la había llevado á aquel lugar desconocido; aquel gran parque plantado de maizos de caña en flor, de tilos, de acacias, de árboles verdes de formas gigantes, como si creciesen en los trópicos; aquellas avenidas que se alargaban; aquel silencio que la rodeaba, este espectáculo nuevo para ella, le sumía en una pesadez parecida á la de un fumador de opio ó de *haschich* oriental.

Se quedó inmóvil y como soñando.

El duque la condujo hacia el vestíbulo, en el fondo del cual se veía la gran escalera de mármol con barandilla dorada que conducía al primer piso.

Dos estatuas de mujeres desnudas, de tamaño natural, sostenían candelabros de bronce dorado.

Tres salones cubiertos con tapicería antigua se abrían sobre el vestíbulo, y en el fondo, en un comedor, alegre como el *boudoir* de una mujer joven y bonita, se veía ya servido el almuerzo.

Este comedor estaba artesonado con maderas pintadas en blanco y oro, y decorado con una serie de retratos de mujeres de cierto carácter y bailarinas vestidas con trajes á la Pompadour ó Luis XVI, unas más lindas que otras.

Eran los antiguos amores de Rochebonne.

Germana dió la vuelta al comedor y las miró con atención.

—No las mire usted—dijo el duque.

—¿Por qué no?

—Las haría usted ruborizarse. ¿No es usted la más bella?

Y la condujo á la mesa.

—Pensemos en lo sólido y almorcemos. Ésta es la prosa, la vil prosa: la poesía vendrá en seguida—dijo el duque.

—Jamás—dijo débilmente Germana.

Esta frase temeraria provocó una sonrisa irónica en los labios de Rochebonne.

Ya sabía á qué atenerse sobre la resistencia de las mujeres que franqueaban el umbral de aquel lugar.

Si Germana hubiera tenido más experiencia, desde los primeros pasos en aquel paraíso hubiera adivinado á qué diosa estaba consagrado.

La desnudez de las estatuas, las escenas de los tapices ó de los cuadros de costumbres, sin traspasar el límite donde la gracia licenciosa cae en el libertinaje y la obscenidad, eran de un descoco que sólo un celibatario ó un museo artístico podían exhibir á sus visitantes.

Allí estaba él, el tentador, gozando de las sensaciones que tan claramente veía pasar sobre la fisonomía de Germana como el vuelo del pájaro en los paseos de su parque.

La había hecho sentar cerca de él; sus cubiertos se tocaban casi.

Los criados que les servían se parecían á las gentes del salmó que dice: tienen oídos, pero no oyen; tienen ojos, pero no ven.

El duque no les concedía más atención que si hubieran sido de cera ó de madera.

Germana se admiraba de este servicio discreto, rápido y silencioso. Rochebonne guardaba para ella todas las atenciones que hubiera tenido para una reina. No la habló más de sus deseos ni de su amor. La entretenía con sus anécdotas mundanas,

y con frases joviales la animaba á beber, de vez en cuando, un vaso de Madera, de Borgoña ó de Champagne helado, que estaba allí, al lado de ella, en una jarra de plata. Aludía con una que otra frase discreta el capítulo de la vida dichosa de dos en aquel nido encantado.

Germana bebía poco, pero con frecuencia, excitada por el ejemplo de Fernando.

—Yo cometo una locura—le dijo ella.—No la volveré á cometer, pero ésta me quedará para siempre en la memoria como un sueño. ¿No es esto un verdadero sueño?

Poco á poco se iba desvaneciendo.

El duque se burlaba y le daba bromas sobre su timidez. El no era como Josselin, no tenía nada de trágico. Se reía del señor Bouret y del señor Perrolet, que no los habían visto en la Cascada.

—¡Qué miedo pasó usted! Temblaba como una hoja.

Y después hacía consideraciones burlonas sobre la autoridad de aquellos poderosos personajes y del rigor de que hubieran dado pruebas si la hubieran cogido en flagrante delito de coqueteo con un audaz que se atrevía á hablar de amor á una muchacha tan á propósito para inspirarlo y que ellos apartaban de su destino, empleándola en fútiles y miserables ocupaciones.

Su voz tenía á veces inflexiones de extremada ternura.

Germana sentía entonces una molestia que se reflejaba en su cara.

Pero en seguida él cambiaba de conversación y vertía un dedo de vino de España ó de Chambertin en uno de los vasos de su convidada.

—No insista usted—dijo ella;—¿quiere, quizás, emborracharme?

Ella mojaba solamente los labios.

—¡Los vasos son tan pequeños!—objetaba Rochebonne.

Eran pequeños, en efecto, pero pasaban ya de media docena.

Al final del almuerzo, Germana se sentía como aturdida. Los vapores de la embriaguez, de una embriaguez ligera, pero enervante, la subían á la cabeza.

Los criados habían desaparecido.

Rochebonne llevó á Germana á un diván, y allí, sentado cerca de ella, volvió á sus declamaciones amorosas.

—¿Piensa usted—la dijo—que sea un crimen amar? Está usted en la primavera de la vida; es bella. ¿Quién la ha dado esa belleza sino la Naturaleza, que nos crea? Dejemos al mundo y sus necesidades. Las fuentes existen para apagar nuestra sed y para que podamos bañarnos; los frutos para cogerlos, los vinos para que se beban, las flores para que se las aspire, y las mujeres para que se las ame. No pensemos más que en nosotros; y si tiene miedo de la opinión de los demás, aunque no se preocupan ni de mí ni de usted, ni se ocupan, egoístas como son, más que de sus propios placeres, piense en el misterio que nos rodea, en el secreto que nos guarda, en las paredes que nos defienden.

Ella le escuchaba con la cabeza pesada. La voz de Rochebonne la mecía. No comprendía bien el sentido de sus frases, pero él estaba allí con sus hermosos ojos azules que penetraban en los suyos.

Germana se llevó la mano á la frente:

—Yo no sé lo que tengo—murmuró.

Él la ayudó á levantarse y la condujo al jardín.

—Venga usted—la dijo;—el aire la sentará bien.

Se paseó con ella por los senderos, durante algunos minutos, pero tenía que sostenerla. El aire libre, en lugar de despejar su cabeza, agravaba su malestar.

—Soy muy tonta—dijo ella con una sonrisa como de niña para su madre.—¿Qué es esto que me ha dado á beber?

Y le miraba con ojos turbados y dulces. Una sonrisa vaga erraba en sus labios.

—Creo que tengo gana de dormir—dijo ella.

Entonces la llevó suavemente por la escalera de mármol donde estaban las *carriátides* y las mujeres desnudas sosteniendo los candelabros.

Llegaron al descanso de la escalera, atravesaron una larga galería llena de cuadros y de bronce, con los techos pintados al fresco, copiados de los del Louvre, con arañas de cristal de roca y taburetes dorados.

En esta galería se abría á su extremo un cuarto, tapizado de raso azul, con una cama muy baja con colgaduras de tela y cortinas tan espesas, que una luz velada, parecida á un crepúsculo, se reflejaba sobre el tapiz, ahogada por la doble barrera de visillos corridos y de persianas cerradas.

Un ligero olor á ilang y violetas de Parma se extendía en la atmósfera tibia de este nido lujoso; un verdadero cuarto de duquesa, según la expresión de Germana.

—¿No eres tú la mía?—dijo Rochebonne.



Él la ayudó á levantarse y la condujo al jardín.

—Júreme que me amaré siempre, siempre— dijo ella.

Por la noche, hacia las ocho, el duque abandonó la casa del parque de Neuilly con su adorable Germana.

Al salir, ésta arrojó una mirada enternecida y dolorosa á este rincón de tierra que ya no podría olvidar.

Estaba marcado con esa fecha que en la memoria de la mujer queda grabada con caracteres imborrables, como esas cifras esculpidas en caracteres groseros del siglo XII sobre el granito de las tumbas.

El duque, para distraerla y terminar dignamente el día, la llevó al pabellón de Armenouville. El lujoso restaurant estaba rodeado de carruajes y lleno de luz y de ruido.

En las ventanas, mujeres con trajes llamativos, cubiertas de alhajas, mostraban sus caras blanqueadas con polvos de arroz.

—Augusto—dijo Rochebonne al criado que venía á su encuentro,—¿hay todavía algún gabinete?

—Para el señor duque, siempre, y si no lo hubiere se improvisaría en seguida.

—Veamos, pues.

Augusto volvió haciendo un signo afirmativo.

Rochebonne ofreció la mano á Germana, que se apeó del cupé y se instaló con él en un saloncito, hacia el centro del pabellón.

Había en él una mesa con dos cubiertos, una bonita araña de bronce, un diván de seda roja y pesadas cortinas de damasco.

Era íntimo y profano. La comida fué excelente, pero Germana no tenía apetito.

Oía en derredor suyo el ruido del cristal, las carcajadas de falsa alegría, el final de frases, de las que algunas palabras expresivas llegaban hasta ella, entrecortadas por risas y acompañadas por los ruidos de la vajilla y la cristalería.

Ella miraba sobre los espejos los nombres enlazados y grabados con la punta de un brillante. Había allí Octavios, Marietas, Gontrán, Angeles y tantos otros.

Toda la legión de la galantería había pasado por allí.

El duque, en los entreactos de los platos que servían, recorría este registro de amores ligeros.

—No hay Germana...—observó él,—ni nada para escribirlo. Yo la daré lo que es necesario y volveremos.

—Yo no quiero que mi nombre se escriba en ese espejo—dijo ella vivamente.

En la vecindad, una voz agria y enronquecida por las noches de orgía, cantaba trozos de *La Mascota*.

—Tú serás mi Mascota—dijo él—y me traerás suerte.

Ella no comía casi nada; apenas tocaba alguna que otra vez lo que servían; pero sonreía con una expresión de ternura resignada.

Bruscamente dijo al duque:

—¡Vámonos, se lo ruego!

Rochebonne frunció las cejas, pero se contentó.

—Tienes razón—dijo él, con una sombra de burla;—es tarde, y para una persona que tiene que cumplir sus obligaciones desde las primeras horas de la mañana, las veladas no son sanas.

Pagó la cuenta, mientras que Germana, delan-

te del espejo, se ponía el sombrero, después de arreglarse apresuradamente los cabellos con la mano.

Al bajar el duque, se encontró con uno de sus conocidos, el marqués de Fresnois, que salía acompañado de dos señoras jóvenes.

—¡Peste!—dijo el otro,—¿dónde has pescado esta perla? ¡Di, querido! No hay otro como tú para estos descubrimientos.

Germana se había ocultado en el cupé.

Todo el mundo la miraba.

—¡Chist!—dijo el duque dando la mano al marqués.—Es una virtud, amigo mío.

Subió al lado de Germana, cerró la portezuela y el cupé se alejó al trote largo.

—¡Una virtud!—dijo la rubia Nanine, una celebridad del perejil que estaba á la derecha del marqués.—Ya conoce Rochebonne sus virtuosas. Son como los albaricoques expuestos al viento: cuando están maduros, caen.

—¡Estos maridos todos son iguales!—dijo Fresnois.—Aunque tengan mujeres bonitas, conservan sus costumbres de solteros y se divierten... ¡No tenía el aire alegre ese pobre Fernando!

—¡Y la rubia es gallardamente bella!

—Por eso, sin duda—dijo Nanine,—es por lo que se emancipa también su bella Trani: son represalias justas.

—¿Qué sabes tú—preguntó el marqués,—encanto de mis ojos?

—¿Has acabado con tus piropos? ¿Es que ciertas cosas se pueden ocultar? ¿Crees tú que, aunque sea una princesa, no ha de conducirse lo mismo que las demás? ¡Está buena tu sociedad, lo mismo que tus duquesas! ¿Quieres que te lo

diga? Son como vosotros, lo mismo. No te cases, marqués: ya tienes bastante con nosotras para meterte en eso.

—Hablas como un ángel. Dime, pues, lo que has visto, alegría de mi corazón.

—Lo que he visto, sin ir más lejos, fué ayer noche. Un señor y una dama, ambos en un coche. El coche se paró en el café de Orsay. Yo estaba en la ventana. Por lo visto, el sitio es una especialidad para ciertas citas. Allí van señores serios con damas del gran mundo, naturalmente. ¡La dama llevaba un velo, pero tan espeso! No era encaje, amigo mío, sino una colgadura de entierro de primera clase. Pero esto no importa nada. No hay dos que tengan sus líneas: ¡son características! ¡Y sobre todo sus cabellos! Un moño tan abultado como un melón y de un negro lustrado. No lo tienen más que las italianas, ¿comprendes?

—Sí; ¿y el señor?

—Pradine, ese bruto de Pradine, un salvaje hermoso...

—Continúa: eso tiene un interés palpitante.

—Ayer nos dedicamos á escuchar. Figúrate tú que se metieron en el gabinete de al lado. ¡Los tabiques! ¡Son traidores! Han estado dos horas. Nosotros también: porque, claro, nos aburríamos. ¡Ah!, amigo mío, y así se habla de nosotras.

—¡Toma, toma, toma!—dijo el marqués con una graduación expresiva.—Si Saville supiese estas cosas, á buen seguro que no serían de su gusto.

—¡Oh!, á fe mía—dijo Nanine, que comprendió,—han hecho bien. ¡Saville es un monigotel

XXII

DESPUÉS DEL PRIMER PASO

GERMANA estaba echada en su cama; cerca de ella ardía todavía la lámpara, cuya pantalla atenuaba la luz.

El despertador, colocado en la chimenea, hacía oír su *tic tac* monótono y exasperante, que anuncia la huída continua de las horas de la noche.

La joven dormía.

El cansancio se había sobrepuesto á las preocupaciones que la habían dominado á su regreso, después de un día tan accidentado y que había ido á reunirse con los otros en los abismos sin fondo del pasado.

Sus cabellos sueltos formaban en su cabeza una aureola, y como una corona de mártir. Bajo sus párpados, la laxitud había marcado sus huellas, y sobre sus labios persistía, á pesar del reposo, una expresión de profundo sufrimiento, como el del de un paciente á quien un cirujano hubiese operado después de haberle dormido con cloroformo.

Su brazo desnudo, digno de que lo copiase un estatuario, descansaba sobre las ropas, y en sus dedos tenía una carta arrugada.

El reloj señalaba las tres y media.

Germana, que había regresado un poco antes de media noche, había encontrado aquella carta que el cajero llevara al anochecer.

Josselin la había escrito bajo el imperio de la